



BELLOT

LA

PECADOR

Kadja
par
Jules
Claretie

PQ2193

.B7

P48

1888



1020026101



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
ENCUADERADOS CORRIDA

LA PECADORA.

Núm. Clas N
Núm. Autor 345211
Núm. Adg. 29755
Procedencia -8-
Precio 54
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó cy

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

LITERATURA

- Arambillet.**—*Agnes* (narración del día): 1 peseta.
Barbey d'Aurevilly.—*Lo que no muere*: 2,50.
Belot.—*Loca de amor*: 2,50.
Belot.—*La Culebra* (continuación de *Loca de Amor*): 2,50.
Belot.—*Las Corbatas blancas*: 2,50.
Belot.—*La Explotación del secreto* (continuación de *Las Corbatas blancas*): 2,50.
Belot.—*La Pecadora*: 2,50.
Bouvier.—*Las Borgoñas del día*: dos tomos, 5.
Cañizo.—*Justicia y Providencia*: 2,50.
Claretie.—*Juan Mornas*: 2,50.
Cubas.—*El Angel del presidio*: 1,50.
Cubas.—*El Panal de miel*: 2,50.
Cubas.—*La Mortaja de limosna*: 1,50.
Cuentos escogidos de varios autores: 2,50.
Delpit.—*Las represalias de la vida*: 2,50.
Dickens.—*Días penosos*: 2,50.
Eça de Queiroz.—*El Primo Basilio*: dos tomos, 5.
Edmond.—*La Leñadora*: 2,50.
Enault.—*Gabriela de Célestangs*: 2,50.
Ennery.—*El Príncipe de Moria*: 2,50.
Feuillet.—*La Muerta*: 2.ª edición: 3.
Feuillet.—*Los amores de Felipe*: 2,50.
Feuillet.—*Un matrimonio en la aristocracia*: 2,50.
Fortunio.—*La Virgen de Belem*: 2,50.
Galería de desgraciados, por varios escritores y escritoras: 1.
Gautier.—*Fortunio y La Muerta enamorada*: 2,50.
Gautier.—*Novelas cortas*: 2,50.
Houssaye.—*La Comedianta*: 2,50.
Julio Simon.—*Dios, Patria y Libertad*: 5.
La Cerda.—*El gran problema*: 2,50.
La Cerda.—*La Tela de Araña*: 1.
Mahalin.—*La Bella Horchatera*: dos tomos, 5.
Ohnet.—*El Gran Margal*: 2.ª ed.: 3.
Ohnet.—*Las Señoras de Croix-Mort*: 3.
Ohnet.—*Lise Fleuron*: 2,50.
Ortega Munilla.—*Orgia de hambre*: 2,50.
Ossorio y Bernard.—*Cuadros de género trazados á pluma*: 2.
Ossorio y Bernard.—*Romances de ciego*: 4.
Ossorio y Bernard.—*Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*: 2.
Rivière.—*El Combate de la vida*: tres tomos, 7,50.
Soles Eguílaz.—*En el quinto cielo*: 2,50.
Trueba.—*El Gabán y la Chaqueta*: dos tomos, 5.
Ulbach.—*El Suplicio de un padre ó la confesión de un sacerdote*: 2.ª ed.: 2,50.
Vascáno.—*Javier Malo*: 2,50.
X*.**—*Al lado de la dicha*: 2,50.
Zaccane.—*Los dramas de la Bolsa*: 2,50.
Zola.—*Germinial*: 2.ª ed.: dos tomos, 6.
Zola.—*Su Excelencia Eugenio Rougon*, dos tomos, 5.
Zola.—*El vientre de París*.—Dos tomos: 5.

Los pedidos al Administrador de El Cosmos Editorial (Montera, 21, Madrid), acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

LA
PECADORA

POR

ADOLFO BELOT

Versión castellana de

P. SAN ROMÁN

SEGUNDA EDICIÓN



MADRID
 EL COSMOS EDITORIAL
 Montera, núm. 21

4888

098155

29755

843
B

PA 2193
B7
P48
L888



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid: 1888.—Imp. de A. Pérez : Flor Baja, núm. 22.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIALOGO ENTRE EL AUTOR Y SU EDITOR.

—¿Se puede entrar?
 —Según quien sea.
 —Hippeau, de la casa de Dentu.
 —Entrad, querido amigo y compañero.
 Y Adolfo Belot, que escribía delante de su mesa, se levantó, y estrechándome la mano, dijo:
 —¿Cómo diablos os habéis compuesto para encontrarme?
 —Gracias á las hojas de recuento (le respondí riendo): he comprado á peso de oro á los empleados de la alcaldía.... Les pagan tan mal á los pobres, que puede disculpárseles el haberse dejado sobornar...., y he sabido por ellos dónde habíais pasado la famosa noche del 30 al 31 de Mayo de 1886, en que se hizo la estadística.
 —¡Pero si no pasé esa noche en París!
 —Sin embargo, así lo habéis declarado. ¿Habréis engañado quizá á los que hacían el recuento?

—Sin querer.... En París me entregaron por la mañana mi cédula personal y mi padrón. Respondí á todas las indiscretas preguntas que se hacen en él, y, después de lleno, le entregué á mi portero y partí para Rouen. En cuanto entré en el hotel me dieron otra cédula y otro padrón.

—¡Pero si yo no soy de Rouen!—exclamé.

—Eso no importa. Os encontráis aquí el 30 de Mayo, y debéis llenar estos documentos. Las órdenes de la alcaldía son terminantes.

Para no tener más discusión, obedecí á las órdenes de la alcaldía, que no se anda en bromas con los forasteros.

Á las ocho seguí mi camino hacia el Havre, y me detuve en Frascati. Cuando estaba desnudándome, mi criado entró en mi habitación, y me presentó por tercera vez los terribles papeletes azules y blancos. «¡No lograré que me dejen en paz! Estoy ya en el recuento...., y dos veces por falta de una; en París y en Rouen. —No tenemos nada que ver con eso, caballero. Pasáis la noche del 30 al 31 en el Havre, y debéis empadronaros.» Y.... ¿qué queréis? Me empadroné una, dos y tres veces por temor, y para que me dejaran dormir en paz.

—¿De suerte que tenéis tres cédulas personales y tres padrones?

—Justo.... Y como en cada padrón he puesto dos hijos, un secretario y una criada, me en-

cuentro con que he aumentado la población de mi país con diez personas, puesto que me he triplicado á mí y á los míos.... ¡Cuidado con el recuento!.... ¡Qué cifras dará tan exactas y qué estadísticas tan verdaderas!

—Todos no viajan como vos.

—Bueno....; pero en una nación de cerca de cuarenta millones de habitantes, convendréis en que habrá habido muy bien cincuenta mil viajeros en la famosa noche del 30 al 31 de Mayo. Si han duplicado, triplicado y cuadruplicado á ellos, á sus hijos y á sus criados, resultará un error de ciento cincuenta ó doscientos mil individuos, sin contar con los errores de todas clases y los hechos á propósito por las personas que se burlan del recuento.

—No habléis mal del recuento, sino bien, puesto que, gracias á él, os he encontrado.

—Por una casualidad, porque me voy esta misma noche.

—¿Pero no podéis estaros quieto en un sitio?

—No.... : es un impulso más fuerte que yo, y ya creo que he explicado por qué; he nacido en una isla muy pequeñita, y la he ensanchado, dejándola para correr el mundo.

—¿Le conocéis todo entero?

—Bien hubiera querido; pero no he podido. Lo siento, porque después de mi muerte necesitaría aún revivir sobre la tierra.... ¿Por qué han

de cambiarme de planeta, si todavía no conozco bien éste?

—¡Ah! ¿Creéis en la vida futura y planetaria?

—Sí, tengo mis creencias, que están de acuerdo con mi vida errante y acarician mis gustos por los viajes, satisfaciendo al mismo tiempo una imperiosa necesidad de creer que después de mi muerte no ha acabado todo para mí... Me complazco, pues, en imaginarme que tenemos varias existencias que se suceden las unas á las otras. Al principio sobre la tierra, luego en el infinito de los cielos, de mundo en mundo, de planeta en planeta, pasando á uno superior ó á uno inferior, según nuestro desarrollo intelectual y moral, nuestras inclinaciones hacia el bien, nuestro camino hacia la perfección ó nuestro retroceso á la ignorancia y al mal que han sido nuestro punto de partida... ¿Queréis que os haga una imagen para que me comprendáis mejor? Figuraos una gran escala que, partiendo desde muy bajo, desde la tierra, suba muy alto, hasta el cielo. Todos los hombres, iguales en un principio, con las mismas fuerzas y las mismas aptitudes, tienen la misión de escalarla; pero los unos pierden el tiempo, miden mal sus fuerzas y permanecen siempre en los escalones de abajo ó en los intermedios. Los otros, los valientes, los entusiastas, los espíritus elevados y los corazones grandes, suben varios escalones

del primer impulso, y alcanzan pronto la cima; muchas veces les sucede que se detienen cansados en su camino; pero luego recobran su valor, y continúan la difícil ascensión.... En cambio, los otros, después de haber subido un instante, se cansan y retroceden, retroceden siempre. Mi escala, cuyo pie está hundido en la sombra, en la obscuridad, en el frío, en lo horrible, conduce al calor, á la luz, á la hermosura, al sol, al cielo, á Dios, poco importa el nombre. Sus escalones se llaman: la Tierra, Mercurio, Marte, Venus, Saturno y Júpiter. Nosotros partimos del astro más inhabitable, un átomo, una nube, un planeta errante, para llegar al astro más perfecto, al cual llevamos las perfecciones adquiridas en nuestra larga ascensión.... Estas son mis ideas, mis creencias.... Os las doy por lo que valen, es decir, de balde.

—Y yo las tomo tales como me las dáis...; pero permitidme una pregunta: durante nuestra carrera á través del espacio, en una estación cualquiera, ¿tenemos conciencia del camino recorrido en nuestras existencias pasadas? ¿Entrevemos esas existencias? ¿Las recordamos?

—No lo creo. Si nos fuera dado recorrer con el pensamiento este trayecto tan largo y penoso, sembrado de tantos obstáculos y de tantos dolores; si los abismos de donde partimos se nos apareciesen, tendríamos miedo de volver á caer

en ellos, de bajar la escala, y entonces sería el temor el que nos haría ascender y progresar.... Este es precisamente el reproche que yo dirijo á todas las religiones. Amenazarnos con penas y prometernos recompensas: el Purgatorio, el Infierno, el Paraíso cristiano ó el de Mahoma, disminuyen, quitan el mérito á nuestra conciencia, que por sí sola debe alejarnos del mal porque es el mal, y conducirnos al bien exclusivamente por amor al bien. Entre un católico perfecto hombre honrado, y un materialista hombre honrado también, yo no vacilaría: el último tiene, sin duda alguna, más mérito que el otro, pues hace el bien sólo por amor al bien; sin temor y sin esperanza.

—Bueno, pero vuestra respuesta no me satisface: si vivimos sin acordarnos de nuestras existencias anteriores, es enteramente lo mismo que si no hubiéramos vivido antes. Son existencias que se suceden las unas á las otras; no son la continuación de unas mismas existencias, puesto que la memoria muere á cada una de las transformaciones, todas las veces que subimos un escalón de nuestra escala, ó pasamos de un planeta á otro planeta.

—¿Y qué importa, si cuando se suben todos los escalones, cuando termina la ascensión, la memoria vuelve de pronto, iluminando el pasado? No había muerto, dormía solamente, y se des-

pierta para mostrarnos el camino recorrido. De una mirada le vemos todo entero; con una palabra comprendemos lo que antes era incomprendible, y en un instante conocemos todas las cosas tanto tiempo desconocidas; y es que durante nuestras diversas existencias todo se ha perfeccionado en nosotros: nuestros órganos se han desarrollado, nuestros sentidos, nuestro espíritu, nuestro yo, han adquirido un poder que el entendimiento humano no puede concebir, ni aun soñar. En la estancia luminosa á que por fin hemos llegado, en la cumbre de la escala, en el límite de nuestras aspiraciones, podemos mirar sin vértigo todos los mundos, todos los astros, todos los soles y todos los hombres, aplaudiendo desde allí los esfuerzos que hacen para subir á reunirnos, para ser divinos y perfectos como nosotros...; pero, mi querido compañero, no habéis venido aquí para oírme filosofar, tal vez disparatar.... ¿Qué queríais?

—Rogaros que os ocupéis algo más de vuestras dos últimas novelas: *Las corbatas blancas* y *La explotación del secreto* (1).

—¡Ocuparme!... ¿Pues qué tengo que hacer? Yo creo que mi tarea concluye el día que corrijo las últimas pruebas de un libro y las doy á la imprenta para que acaben de tirarle, así como

(1) Con este título han sido publicadas ya por EL COSMOS EDITORIAL, y se venden al precio de 2,50 ps. cada una. (N. del T.)

también la creo concluída en el ensayo general de cualquiera de mis obras dramáticas, empezando entonces la misión del editor que me publica ó del empresario que me representa.

—¿Y por qué no ayudarlos, no llevarles lectores ó espectadores?

—¿Cómo? Diciéndoles: «Entrad, comprad. ¡Es admirable!» ¿Me creerían acaso? ¿Ó bien os parece mejor que les coja por las solapas de la levita y los lleve á la fuerza al teatro ó á una librería? Si estuviese persuadido de que esos medios habfan de dar resultado, los emplearía; pero dudo de su eficacia.

—¿Entonces no creéis en los reclamos?

—Muy poco. No puede imponerse el éxito de una obra como no se imponga ella por su propio mérito, corriendo de boca en boca, de salón en salón, de club en club y de pueblo en pueblo. Aunque la prensa entera repita todos los días que una obra es magnífica y que el teatro está lleno, como no le guste al público, el teatro estará vacío al cabo de diez representaciones.

—Sí, pero desengañaos de que el bombo hace mucho.

—Con los extranjeros y con algunos provincianos que no tienen relaciones aquí, y no saben más que lo que leen; pero á los parisienses no se les engaña; se informan los unos á los otros, y á la una de la madrugada en todos los círculos

de París y en todos los salones se sabe el resultado de una comedia representada aquella misma noche, y se decide si se ha de ir á verla ó no, mucho antes de que los periódicos hayan dicho nada. Para el libro no es lo mismo; pero también el triunfo consiste en eso tarde ó temprano. «¿Conocéis el último libro de X...; querida mía? —Sí, es muy interesante; tenéis que leerle.— Bueno, le compraré.— Pero os encargo, en cambio, que no leáis la novela de Z..., es malísima, se aburre uno de lo lindo cuando la lee.— Os doy las gracias por haberme prevenido.» Y en seguida, la que acaba de recibir tan saludable consejo, envía por el libro de Z..., á la librería Nueva, ó á casa de Marpon.

—¿Entonces no queréis que se anuncien vuestros libros?

—¿Qué decís!... El anuncio no es el reclamo. El reclamo es inútil, porque se ha abusado mucho de él; pero el anuncio es indispensable y necesario en una época en que se tienen tantas cosas en la cabeza, que es preciso que nos digan, para que lo hagamos: «Comparad aquéllo, leed ésto». El anuncio recuerda la obra que hasta entonces no se había pensado en leer, ó el nombre de un autor querido á quien ya casi se tenía olvidado.

—¿Según eso, no pediréis nunca que se ocupen de vuestras obras en los periódicos?

—Sí, muchas veces le digo á un crítico: «Tened la bondad de leer esta novela y de hablar de ella»; pero es por saber su opinión: porque yo deseo un artículo para mí y no para los demás. Si es severo, mejor; aprovecho sus severidades. Sólo le pido que sea justo y cortés.... No pretendo, mi querido editor, imponeros mi parecer é impedirlos que enviéis anuncios y reclamamos á todos los periódicos. Si de esto no resulta gran bien, tampoco produce ningún mal. Podéis cantar mis alabanzas en el universo entero. Mi amor propio no sufrirá por eso, y soy capaz de acabar por creer que merezco ese exceso de elogios. Sólo que no engañaréis á nadie más que á mí, porque el público sabe perfectamente á qué atenerse, ó lo sabrá algún día, y me da ó me dará aquel lugar á que tenga derecho....; y ahora, hablemos seriamente: ¿por qué habéis venido á buscarme? No tenéis ninguna necesidad de mí para vender *La explotación del secreto* y *Las corbatas blancas*. Esa es ya historia antigua, y los editores corren tras las novedades.

—Precisamente vengo á pedirlos una.

—La tendréis para el mes de Octubre, como habíamos convenido. Ya conocéis el asunto, y el título: *Alphonsine*.

—Es que yo no quisiera esperar al invierno.

—Pues es imposible que os dé antes *Alphon-*

sine. Necesito aún algunos meses para moldearla, adornarla, vestirla.

—¡Oh! No la vistáis demasiado.

—Como va á salir en invierno, no quiero que tenga frío.

—¡El invierno!.... ¡Siempre el invierno! ¿Y el verano?... Esta es la época de leer, cuando la gente se va á tomar baños, ó á sus casas de campo, en la playa, en el casino y en el parque, por el día y por la noche, es en lo que mejor se pasa la velada. Por el contrario, en el invierno las lectoras no tienen tanto tiempo para dedicarse á leer novelas, porque las visitas, los *lunchs*, las comidas, los espectáculos y los bailes las ocupan por completo.

—Entonces, ¿por qué todos los editores publican en invierno?

—Por una costumbre que yo quisiera cambiar.

—¿Y habéis contado conmigo para hacer la experiencia?

—Sí.

—No tengo ninguna idea, y aun cuando la tuviese, me faltaría tiempo para desarrollarla.

—Buscando bien, quizá encontraréis entre vuestros papeles alguna cosa empezada, alguna novela escrita en otro tiempo y olvidada hoy.

—¿Sabéis que me estáis haciendo pensar en mi primera novela, de la que sólo se imprimieron

algunos ejemplares para los amigos, pues entonces nadie compraba mis obras?

—¿No la habéis hecho imprimir después?

—¡En volumen, nunca! Es tan desconocida, como lo es aún mi *Alphonsine*.

—Pues bien: dádmela.

—Es que...

—¿Qué?

—Que es una obra de mi primera juventud, y aún no tenía ninguna experiencia cuando la escribí.... Sin quererme lisonjear, lo hago hoy bastante mejor.

—Diréis que no la habéis escrito ahora.

—¿Dónde?... ¿En un prólogo? Los detesto.

—Sin embargo, habéis escrito uno en el *Diálogo á cuatro*, de Vast-Ricouard.

—Los escribo para los libros de mis compañeros, pero no para los míos. Un prólogo asusta al lector.

—Eso depende de la forma que se le dé.... Yo le haré, reproduciendo nuestro diálogo, si es que lo permitís.

—¡Ah! ¿Pensáis reproducir nuestra conversación?

—Sí; ¿qué os parece?

—Pues creo que mi disertación sobre la existencia planetaria no interesa á nadie. No se toma nunca en serio á los novelistas cuando tratan de filosofar ó de hablar de política.

—¿Qué os importa? Vos no pretendéis imponer vuestras ideas y vuestras creencias, ni hacer el apóstol de una nueva religión.

—¡Oh, no!

—Nuestro paseo por los espacios imaginarios, de astro en astro y de luna en luna, es una fantasía original....; dispensad la expresión....; y os ofrezco colocarla á la cabeza de la novela que me prometéis.

—Aceptado.

—Y á propósito, ¿cómo se llama?

—No le conservaré su antiguo título, cambiándole por otro.... ¿Qué os parece éste: *El arrepentimiento de una pecadora*.

—Demasiado largo.... Además, eso del arrepentimiento es un título peligroso, porque podría dar á nuestros lectores la idea de no leer más que libros piadosos...., y, francamente, no tengo ninguno.

—Entonces pongamos sencillamente *La Pecadora*.

—¿Y por qué no habéis de rejuvenecer vuestra novela?

—Decid más bien mi *historia*, y una historia de las más verdaderas.... La seductora criatura á quien he puesto en escena ha vivido, y ha vivido mucho. Toda la generación de su tiempo la ha conocido, la ha amado y la ha festejado.... ¡Ya la reconocerán, no tengáis cuidado!.... Por

eso no quiero rejuvenecerla, ni cambiar nada. Mi *Pecadora* reaparecerá bajo su antigua forma, en la época de su esplendor y rodeada de las mujeres de su tiempo, las cuales viven todavía en su mayor parte: las unas en la tristeza y el silencio, y las otras ricas aún, brillantes y casi hermosas. En cuanto al libro, imprimíle tal como está, con todas sus faltas, sus incorrecciones, sus inexperiencias y sus candideces. Quiero volver á leerle así para darme cuenta de los progresos que he podido hacer en veinte años.

—¿Cuándo me le daréis?

—Mañana, si es que existe todavía un ejemplar.

—¡Oh, es seguro que en París habéis de encontrar una pecadora!

—No es tan seguro en el mes de Agosto, porque se van todas á las playas á tomar baños de mar.....

.....
Debió quedar, sin embargo, olvidado alguno en las librerías de nuestros boulevards, porque al día siguiente le recibí por el correo, pues Adolfo Belot había ya emprendido su vida errante por la tierra y vuelto á partir, esperando su carrera de planeta en planeta.

Conforme con sus intenciones, publico hoy, sin cambiar nada, esta obra de la juventud y este libro de verano.

EL EDITOR.

LA PECADORA ⁽¹⁾.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1623 MONTERREY, MEXICO

I.

París, desanimado durante seis meses por la falta de un sinnúmero de familias que le han abandonado para ir á baños, á los establecimientos de aguas medicinales y á las casas de campo, ha vuelto á recobrar su habitual aspecto. Hubieran podido todavía esas familias vagabundear algún tiempo más en las campiñas, en las playas y sobre las montañas, porque el otoño ha sido tan delicioso, que parece que aún disfrutamos de la agradable temperatura de la primavera pasada; pero, sin embargo, á la caída de la tarde el termómetro baja rápidamente, y hace que desaparezca nuestra ilusión. En lugar de dirigirse la multitud, como en otro tiempo, hacia

(1) Hemos variado el título de *Cortesana*, con que el autor designa esta novela, por el de *La Pecadora*, que creemos más apropiado á su argumento.

(N. del T.)